

Amistad, cuidados y pandemia. Repensar los vínculos intergeneracionales desde el feminismo.

Paūlah Nurit Shabel.

Cita:

Paūlah Nurit Shabel (2024). *Amistad, cuidados y pandemia. Repensar los vínculos intergeneracionales desde el feminismo*. 6tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/6jornadasinfancia/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ez2b/2g9>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

6. Infancias y jerarquías: entre clase, género, etnia y raza

Amistad, cuidados y pandemia. Repensar los vínculos intergeneracionales desde el feminismo

Paūlah Nurit Shabel. Doctora en Antropología por la UBA y Magíster en Psicología del Conocimiento por FLACSO. Investigadora Asistente en CONICET y docente en la UBA

RESUMEN

Tal como sucedió con las relaciones entre los géneros, la imposición del modelo familiarista para la reproducción del capital ubicó a las infancias, como a las mujeres, en el lugar de objetos y propiedad privada de la figura masculina marido/padre (Federici, 2015). Desde entonces, los vínculos intergeneracionales tienen libretos acotados y normas estrictas que indican de qué modo es deseable y despreciable forjar relaciones entre niñez, adultez y vejez. Estas formas de la proximidad estandarizadas –que se han establecido en la interseccionalidad de las desigualdades de clase, género, etnia y edad– designan una adultez que cuida y educa, que da y que sostiene, mientras niñxs y viejxs se deben dejar cuidar obedientemente, ubicadxs en la pasividad de recibir órdenes y por ello subsumidxs en sus deseos y necesidades (Kropff, 2010; Morgante, 2014; Szulc et al., 2023). Así, la jerarquía y el paternalismo han signado estos lazos que, en su performatividad, hacen al adultocentrismo y al viejismo.

Los feminismos han realizado una crítica a muchos de los elementos que componen dicho entramado vincular, desde la estructura de cuidados y privatización de los cuerpos, hasta la propia categoría de infancia como objeto pasivo de protección (Rosen y Twamley, 2018). A partir de este marco político y conceptual, el objetivo del presente trabajo es analizar la forma que adquirió la relación entre adultas y niñas/adolescentes de una organización social en el contexto de la pandemia de COVID-19. En una investigación etnográfica que lleva casi una década de trabajo en casas tomadas y un espacio político de Almagro (CABA) fue posible registrar, a partir de la irrupción de la situación excepcional del aislamiento, una modificación en las formas en las que niñas y adultas se relacionaban en aquel entramado barrial (Shabel, 2022; Shabel y Leavy, e/p). Los registros, hechos desde la observación participante, la descripción densa y los recursos digitales (Hine 2004; Guber, 2008), dan cuenta de nuevos modos de comunicarse, de convocarse y de pasar el tiempo en mutua compañía, que nombramos desde la amistad como una proximidad profundamente relevante para el movimiento feminista que, sin embargo, ha sido históricamente circunscripta a los vínculos intra-generacionales. Desde la materialidad de aquella experiencia lanzamos las siguientes preguntas:

¿De qué está hecha una amistad entre generaciones? ¿Qué modos de andar se vuelven posibles en un feminismo intergeneracional? ¿Cómo son los cuidados que burlan la dicotomía objeto-que-recibe/sujeto-que-da? ¿Dónde se registran los lazos entre las edades que crecen a la sombra del canon?

Invocamos la figura de la amistad para analizar los registros de campo y las formas de relaciones intergeneracionales que allí se desplegaron, en tanto aquella nos habilita un espacio de encuentro entre quienes sostienen su diferencia –etaria en este caso–, pero que a la vez configura una posicionalidad de igualdad en los marcos del vínculo (Nijelsohn, 2019). Asimismo, la amistad se presenta como un modo de cuidado no paternalista y no familiarista, profundamente imbricado en la actividad política de sostener a quienes están siendo dañadxs por un sistema de opresiones que se intensifica en tiempos de enfermedad. En un tono similar al que analiza Cvetkovich

(2018) para la pandemia del VIH en EEUU en relación con las lesbianas cuidadoras de sus amigos homosexuales contagiados y abandonados por el estado, encontramos en el barrio de Almagro “el poder afectivo del activismo” (p.225) encarnado en las prácticas de cuidado que las adultas se dieron para con las niñas y adolescentes de la organización social que compartían desde mucho antes que llegara el nuevo *bicho*. Sostenemos que ese modo de estar-con que aconteció en aquel particular contexto provocó una varianza en el vínculo intergeneracional, que habíamos caracterizado desde lo pedagógico anteriormente y que ahora se constituyó en una amistad y, a la vez, en una forma de hacer política entre casas tomadas y organizaciones, haciendo alianzas inesperadas para forjar “condiciones bajo las cuales la vulnerabilidad e interdependencia se conviertan en vivibles” (Butler, 2012, s/n).

Desde la investigación empírica, dialogamos con los feminismos y con el campo de la infancia para elaborar pistas para una política de la afinidad contra el adultocentrismo. En un contexto de avance de las derechas en nuestra región y un antifeminismo creciente, nos invitamos a volver a pensar de qué se trata este movimiento político para profundizar allí donde nos exigen repliegue, como son justamente las temáticas de niñez, su participación política y su lugar frente a lxs adultxs.

PONENCIA

En una videollamada entre las educadoras de La Caldera a Leticia (30 años) le suena el teléfono y tiene la siguiente conversación con Mariana (13 años):

Leticia: -Hace tres días que te estamos buscando Mariana

Mariana: -Ya sé, es que no quería hablar con nadie

Leticia: -Con nadie no, porque en algún lugar estabas y ya me imagino con quién. No puedo creer que no me avisaste ni me contestaste los mensajes. Te quiero matar

Mariana: -Te estoy avisando ahora, no me jodas. Por favor no le digas a nadie donde estoy, estoy bien, no te preocupes

Leticia: -Me parece que te estás equivocando Mari

Mariana: -Me voy a quedar acá unos días más. Te aviso cuando vuelvo

Leticia: -Dale, si necesitan algo avisame y te llevo

Mariana: -Gracias, estamos bien, un beso

(diario de campo, julio 2020)

Meses después, ya más entrado el verano, cuando algunas restricciones se habían levantado, Mariana seguía buscando la forma de no estar en su casa y organizaron con Clara para que vaya una noche a dormir a la suya. Esto nos contó de aquella velada:

Vinieron Mari y Lari, las dos necesitaban salir de sus casas y a mí me venía bárbara su compañía porque el aislamiento me había dejado al borde de la depresión. Comimos algo porque estaban muertas de hambre cuando llegaron, jugamos al Uno un rato largo, también estaba mi pareja que se sumó e hicimos torneo. Me mostraron una serie en Netflix que a ellas dos les encanta pero a mí me pareció aburrida, así que no la vimos mucho [se ríe]. A la nohcecita Lara se fue porque tenía que cuidar a su hermanito y Mariana se quedó, estaba fascinada con todo el glitter que tengo en casa y jugamos a maquillarnos mientras charlábamos de su situación familiar. Creo que la ayudó a estar un poco menos angustiada, como en general cuando charlás con cualquier amiga de lo que te pasa. Pero no es que resolvimos algo en particular. Después nos dio sueño y nos fuimos a dormir (diario de campo, noviembre 2020)

Mientras que originalmente me dediqué a investigar sobre la acción política infantil en distintas organizaciones urbanas, los modos de articulación colectiva que las infancias se daban en estas experiencias comunitarias y los conocimientos que construían al respecto (Shabel, 2019), la pandemia llevó mi

atención a las emergencias □en todos los sentidos de la palabra- que se estaban produciendo, mientras las rutinas se hacían añicos y lo inesperado colmaba cada rincón. Allí se volvió notoria la transformación que se produjo en las maneras de comunicarse y de pasar el tiempo entre los grupos etarios que, hasta entonces, representaban roles más o menos estandarizados de un vínculo pedagógico en un espacio no escolar: por un lado las adultas organizando actividades y explicando cómo resolver ejercicios escolares; por el otro las niñas y adolescentes recibiendo educación, cuidado y propuestas lúdicas. Por supuesto que en cada encuentro se negociaban sentidos y se tomaban decisiones colectivas, se tensionaban las planificaciones y se redefinían los marcos de la organización, pero los roles se mantenían estables. Hasta que la dinámica social impuesta por la pandemia produjo otra cosa.

Los registros recabados durante el 2020 dan cuenta de este cambio, que se deja ver en el fragmento que da comienzo al artículo, y a partir del cual surgieron ciertas preguntas como: ¿qué categorías tenemos para nombrar las relaciones intergeneracionales?, ¿qué historias tienen esas palabras?, ¿cómo hablamos de lo que excede los binomios docente-alumna, médica-paciente, madre-hija?, ¿cómo designamos lo que desborda las composiciones familiares que unen a los grupos de edad?, ¿podemos encontrarnos con otrxs generacionales sin una tarea específica, sólo por el placer del encuentro?

Con estas preguntas rondando las ideas, es que planteo como objetivo del presente artículo realizar un análisis etnográfico del vínculo entre niñas y adultas del centro comunitario La Caldera a la luz de la categoría de amistad desde los feminismos, en pos de desnaturalizar los mandatos relacionales impuestos entre generaciones en las sociedades occidentales. Para ello recuperamos tanto los aportes que los estudios de las infancias y las generaciones han dicho sobre los vínculos entre niñez y adultez, exponiendo su normatividad y criticando su desigualdad (Qvortrup, 1993; Feixa, 1996; Kropff, 2010; Liebel, 2020; Magistris y Morales, 2021; Rabello de Castro, 2020; Szulc et al., 2023; Chaves, 2005; Paz Landeira, Frasco Zuker y Llober, 2023), como aquello que las teorías de género y feministas han escrito sobre los afectos como locus de la política, cuestionando las formas de la proximidad existentes entre los géneros y las generaciones y proponiendo otras que subvierten el orden del poder (Halberstam, 2005; Macón,

2013; Edelman, 2014; Ahmed, 2015; Federici, 2015; Cvetkovich, 2018; Nijelsohn, 2019; flores, 2021; Haraway, 2021; Shabel, 2024). Desde este corpus conceptual, y luego de unas coordenadas espacio-temporales del trabajo de campo, nos adentraremos en el análisis de la categoría de amistad para los vínculos intergeneracionales en La Caldera a partir de tres ejes recuperados de autorxs feministxs: la amistad como forma de hacer lazo con la alteridad, como forma de cuidado no paternalista y como forma de pasar el tiempo conjuntamente sin una tarea, o sea, como pausa del tiempo productivo.

Coordenadas espacio-temporales

Como cada lunes y jueves, las adultas de La Caldera hacen su recorrido por las casas tomadas del barrio. Llevan la comida comprada con donaciones y la depositan en el salón común de cada uno de los edificios que conocen hace años. Una vez hecha la descarga, con los barbijos puestos y el alcohol en gel a mano, les avisan por chat a las adolescentes para que bajen de sus habitaciones y las ayuden a acomodar la mercadería, armando bolsones equivalentes para todas las familias con lo que hay: un poco menos de fruta se compensa con más arroz y quienes tienen bebés reciben leche pero no atún. Una vez concluida la matemática de la escasez, las adolescentes, que son las que viven en esas casas y conocen a sus habitantes, convocan a todxs ellxs para empezar el reparto, que hacen las adultas mientras las otras vuelven a sus cuartos con el bolsón que les corresponde. (Diario de campo, julio 2020)

El trabajo de campo de esta investigación fue realizado en los marcos de las acciones de La Caldera, la organización barrial que reunía a adultas y niñas hacía más de diez años en un céntrico barrio de La Ciudad de Buenos Aires. Este centro comunitario comenzó siendo un espacio de apoyo escolar gratuito para lxs vecinxs y se fue transformando en una organización política de niñez y un centro donde transcurre gran parte de la vida de esas infancias (Shabel y Montenegro, 2023). Antes de la pandemia, muchxs niñxs acudían allí a estudiar para la escuela, a hacer las actividades recreativas ofrecidas por el lugar, pero también a conversar y prepararse para las manifestaciones a las que solían concurrir, incentivadas por las adultas de la organización para que terminen la

escuela y para que se comprometan políticamente, en particular con las acciones y las luchas del movimiento feminista.

Hasta 2020, el grupo estaba compuesto por 20 adultas y 50 niñxs y jóvenes de variados géneros, pero nos concentramos en esta investigación en las 6 adultas (de entre 25 y 34 años) y las 10 niñas y adolescentes (de entre 10 y 17 años) que □sin planificarlo ni acordarlo- realizaron una actividad intensiva durante la pandemia, a diferencia del resto que mermó su participación debido a las circunstancias. Si bien estuvieron restringidas las actividades de La Caldera durante las medidas de aislamiento decretadas por la epidemia, se sostuvieron algunas de sus propuestas e incluyeron nuevas, como juntar donaciones y repartir bolsones de comida a las familias de lxs niñxs que asistían al espacio comunitario.

Mientras que las adultas de la organización pertenecen a una clase social más alta y provienen de distintos barrios de la ciudad, las niñas y adolescentes que asistían al espacio viven en casas tomadas en las proximidades del centro comunitario y en esta investigación trabajamos principalmente con dos de estos edificios ocupados: uno, en el que viven 30 familias y, otro, en el que son 50. Cada grupo de crianza, que va entre los 3 y los 8 miembros, habita un pequeño cuarto que hace de habitación, cocina y baño. Si bien algunos tienen un poco más de recursos que otros y una de las casas está en mejores condiciones edilicias que otra, en general la situación es de hacinamiento y pobreza.

Lara (13), Mariana (15), Nati (17), Yesi (10) y Estefi (13)¹ viven en casas tomadas desde muy pequeñas con sus xadres, hermanxs y otras personas con quienes comparten las responsabilidades del mantenimiento del inmueble y una historia de luchas por el acceso a una vivienda digna. Casi todas ellas llegaron a la ciudad de pequeñas: una es de Perú, una de Bolivia, una del norte argentino, otra de la periferia porteña y sólo una nació allí, aunque también ella está racializada en sus rasgos y su forma de vida. Durante la pandemia los cortes de agua y el amontonamiento hicieron muy difíciles las medidas sanitarias más básicas, mientras que la suspensión de la atención presencial de las oficinas

¹ Tanto los nombres de las personas como de la organización han sido modificados para mantener el anonimato de sus protagonistas.

gubernamentales dejó a merced de las voluntades individuales de trabajadoras estatales, docentes y de la militancia social la atención y el cuidado de ellas y sus familias. En este caso, fue su participación en La Caldera □ que variaba entre los 2 y 8 años de antigüedad- lo que hizo llegar asistencia a los edificios ocupados, abandonados por la política pública durante la pandemia.

Helena (25), Leticia (31), Noelia (27) y Federica (33) son blancas, profesionales y viven como inquilinas en casas que comparten con una, dos o ninguna persona. Hasta la pandemia, entendían su participación en La caldera □ que variaba entre los 3 y 12 años de antigüedad- como activismo político en el campo de la educación popular (Shabel y Montenegro, 2023) y lo que intentamos mostrar en estas páginas es la transformación del vínculo intergeneracional que desbordó cualquier binomio educadorx-educandx para darle lugar a lo inesperado, que nombramos como amistad. Dicha transformación fue registrada gracias al abordaje etnográfico, seleccionado por su capacidad de documentar lo no documentado de la realidad social (Rockwell, 2009), especialmente pertinente en el caso de objetos de investigación tan sutiles, como son los vínculos intergeneracionales.

La amistad con la alteridad en la desigualdad

Los registros etnográficos, tanto presenciales como virtuales, dan cuenta de la particularidad del vínculo emergido entre los diferentes grupos etarios, que se eligieron durante la pandemia para compartirse temores, necesidades y, también, tiempo placentero, más allá de los roles pedagógicos que habían tenido en la organización La Caldera hasta entonces. En plena pandemia, ningún marco de obligatoriedad sostuvo la ligazón intergeneracional, pero ambas partes siguieron buscándose para eludir la escasez y conseguir algo de bienestar conjunto.

Sin embargo, tal como muestra el fragmento de campo del principio, este lazo no fue armonioso, no careció de conflictos porque estaba hecho de partes diferentes, que no solo sostuvieron sino que necesitaron de esa diferencia para que el lazo exista como tal. Esto quiere decir □ en primer lugar según nuestro marco teórico- que la amistad es un vínculo con la alteridad, en el que “La

apertura a la diferencia y al cambio (al porvenir, a aquello que está por venir) será constitutiva” (Nijelsohn, 2019, p. 144). Si bien ninguna autora analiza la alteridad etaria en esta figura, sus reflexiones nos son útiles para nombrar una amistad que, en los marcos del feminismo, trabaje por la pluralidad de puntos de vista sin pretender una síntesis, lo que en sociedades adultocéntricas como la nuestra suele significar que se hace lo que la persona adulta manda y la niña obedece. Asimismo, en sociedades clasistas como la nuestra, suele significar que quien tiene los recursos económicos manda mientras el resto obedece.

Cuando Nijelsohn escriben sobre la amistad, la ubica por fuera de los vínculos de la fraternidad masculina de proximidad entre iguales, aquella amistad de los hombres modernos que la entendían armónica porque relacionaba a quienes ya se parecían y que se ubicaban incluso dentro o como una extensión de la propia familia. Ella dice que, mientras los fráteres “son lxs semejantes, lxs iguales entre iguales” (Nijelsohn, 2019, p. 143), la amistad es un trabajo artesanal de juntar aquello que no se supone que debería estar junto, como es exactamente la niñez y la adultez por fuera de los lazos familiares. En este sentido, la filósofa apunta contra la fraternización como modelo de amistad androcéntrico de la semejanza y la estabilidad, un lazo posible de ser pensado solamente entre ciudadanos que ya pertenecen a un mismo grupo, donde lo común está dado desde un imperativo y no hace falta de ser elaborado en cada caso.

Para estudiar esta modificación relacional, en segundo lugar, traemos a Cvetkovich que, como dijimos anteriormente, escribió mucho sobre los cuidados durante la pandemia del VIH y describe las “extrañas intimidades” que se dieron en esas prácticas de sostén material y emocional hacia quienes estaban infectados, que no recayeron en familiares ni amantes, sino en amigas. Esta figura del lazo social le permite a la autora, así como a nosotras en nuestro campo, dar cuenta de una entrega hacia la otra persona sin condiciones ni exigencias futuras. Si bien no es una promesa de incondicionalidad □ porque no es una promesa en absoluto-, la amistad es una presencia en un presente que pone a disposición lo que se tiene declinando de la obediencia como contraparte de la entrega. La posibilidad de nombrar aquello que sucedió en La Caldera como amistad produce, así, una interrupción al paternalismo con el que se han

configurado las relaciones intergeneracionales □y de clase- y que se refuerza permanentemente en las nociones de cuidado unidireccional.

La amistad se presenta, entonces, como una relación que ubica a las personas en situación de cuidado sin sujeción. Es en este sentido que el vínculo escapa de la lógica del compromiso y el favor, desconociendo el imperativo de la deuda en el dar(se), lo que aparece desarmado una y otra vez en el archivo de Cvetkovich que “rechaza cualquier sentimiento fácil de gratificación o autosatisfacción” (2015, p. 293). Al contrario, amigxs son quienes se eligen para hacerse compañía mutua también “en los aspectos materiales, y a menudo desagradables, del cuidado” (2015, p. 293), en una insurgencia contra el cálculo de cada gesto humano, y por ello nos convoca para reflexionar sobre los vínculos entre grupos de edad sin que unas generaciones se vuelvan deudoras de otras, sino compinches en la práctica de sobrevivir una pandemia.

En un tono similar, podemos retomar la noción de alianzas multitudes (Leavy et al., 2023), que da cuenta de cómo el cuidado circula entre los grupos etarios, que se necesitan para resolver determinadas situaciones porque cada parte puede hacer algo que la otra no, que en nuestro campo resulta en un intercambio de cuidados y compañía. Pero es Cvetkovich la que ubica esta potencia de mutualidad en el marco de la militancia, como acción política organizada, que habilita una intimidad específica entre quienes son parte. La autora nombra “la energía afectiva del activismo (...) un activismo estructurado en torno a la intensidad de la amistad” (2015, p. 292) y genera una relación entre amistad-cuidados-activismo, que nos permite entender algo de lo que sucedió en La caldera entre niñas y adultas, porque aquellas tres cosas comenzaron a suceder a la vez cuando el virus llegó al barrio:

Subo al quinto piso del edificio donde toca repartir hoy. El lugar es inmenso y en cada rincón suena el reggetaón a todo volumen. Las letras hablan de la playa y el sol, pero acá hace un frío tremendo y las escaleras apenas tienen luz. Al fin llego arriba de todo, siguiendo a Federica, que me dijo que iba a presentarme a unxs niñxs que tenía que entrevistar para la investigación. Cuando atravieso la puerta de la habitación está ella parada sobre una silla con cara de pánico y Yesi matando unas cucarachas en la habitación. Me ven entrar y Federica se ríe mientras Yesi me saluda y me

dice “es una miedosa esta”. Nos sentamos las tres a la mesita ubicada en el centro de la habitación, entre las camas, el baño y la cocina. Yesi ofrece jugo, pero le decimos que no. Ella se para y busca en un estante los esmaltes de uña. Los pone sobre la mesa y nos indica con la mirada que están disponibles para que nosotras también los usemos y yo me sumo a la actividad aunque Federica no. Yesi nos explica que “hay que aprovechar ahora que no están mis hermanitos molestando” e inaugura así una conversación entre ellas sobre lo difícil que es ser hermanas mayores. En algún momento van al pasillo para que Federica pueda fumar, aunque Yesi la regaña y le insiste □por vez número mil- en que deje el cigarrillo, tal como se lo había prometido a lxs chicxs de la casa un par de años atrás. “No hay que mentirle a los amigos” le dice y Federica se ríe y le da un abrazo. (diario de campo, septiembre 2020)

Podemos decir que Federica iba asiduamente a esa casa tomada a cumplir sus tareas de activista, que eran tareas de cuidado, y que ellas estaban inundadas de una forma de cariño que, al mismo tiempo, excedían y hacían de fundamento al activismo y al cuidado. A esa forma de cariño le llamamos amistad, como una relación basada en el goce de la mutua compañía y no en el deber o en el cálculo, como acabamos de argumentar.

Abandonados los mandatos intergeneracionales y pasando al tercer punto de análisis, es posible hablar de un encuentro improductivo entre grupos de edad, que no tiene como objetivo el cuidado o la educación □aunque pueden acontecer-, sino el placer de estar-con esa otra generación. Tanto Halberstam (2005) como flores (2021) insisten en el descanso y la pausa, en “perder el tiempo” como una resistencia fundamental contra los imperativos vinculares a los que nos somete el capital. Ellxs insisten en desviar el tiempo lineal del desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de riqueza hacia actividades no redituables, como hacer amigxs con quienes nos dijeron que no se podía y disfrutar con ellxs una conversación.

Este tiempo desviado, por anti-productivo, es □otra vez- especialmente difícil entre generaciones porque este sistema le exige a lxs adultxs estar siempre enseñándole algo a lxs niñxs cuando están en su presencia –pues son la promesa de futuro-, además de practicando un cuidado que reclama continuidad

sin variación (Magistris y Morales, 2021). Y no se trata de dejar de cuidar ni de enseñar, sino de dar cuenta de que ambas acciones están presentes en formatos vinculares no paternalistas, como la amistad, en la que podemos apoyarnos para reinventar las relaciones intergeneracionales, tanto en el universo conceptual como en el de la política cotidiana. La amistad intergeneracional nos permite pensar esa suspensión inesperada entre las adolescentes y las adultas de La Caldera y ocupar un tipo de relación circunscripta a los grupos intra-generacionales, cuando no únicamente a la adultez.

Feminismos intergeneracionales: no toda asimetría es dominación

Vivimos en una sociedad adultocéntrica en la que las jerarquías etarias se yuxtaponen a las de género, clase y etnia de modos específicamente encarnados en cada cuerpo. Estos entramados establecen vínculos asimétricos que no podemos desarmar en acciones cotidianas desde nuestros barrios, organizaciones o instituciones, pero sí es posible establecer marcos relaciones de igualdad dentro de ellos. Recuperando las nociones de democracia posicional que describe, por ejemplo, Rancière (xxxx), es posible pensar en formas de la proximidad generacional anti autoritarias. Las feministas radicales en los 70s hablaron de *affidamento* y ahora proponemos la amistad como figura de provocación afectiva.

Lejos de pretender generar un nuevo mandato político o de evaluar la calidad del vínculo en este o cualquier otro caso, esta figura nos permite cuestionar las normas impuestas por el adultismo sobre las relaciones que establecemos con la otredad generacional, en diálogo con el trabajo que los feminismos han hecho sobre las relaciones entre los géneros y hacia el interior de ellos. En tiempos difíciles, como han sido las pandemias en todos los tiempos y como es hoy el avance de las derechas radicales en nuestra región, los movimientos políticos tienen (tenemos) el desafío de profundizar las tendencias democratizantes y antiautoritarias en cada dimensión de la vida social. En este sentido, los vínculos feministas a los que nos invita Ahmed (2015) –sea en clave de amistad, compañerismo u otra- son una apuesta plausible de extenderse hacia todos los lados de la línea generacional y así sumar alianzas hacia la

ampliación de derechos y la distribución de la riqueza, que sigue siendo el horizonte común de este y muchos otros movimientos.

Referencias:

- Ahmed, Sara (2015): *La política cultura de las emociones*. México: Universidad Autónoma de México.
- Chaves, Mariana (2005): Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última década*, 13(23), p. 09-32.
- Cvetkovich, Ann (2018): *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Edelman, Lee (2014): *No al futuro. La teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid: Egales.
- Federicci, Silvia (2015): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta limón.
- Feixa, Carles (1996): Antropología de las edades, en Prat y Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, p. 319-335. Barcelona: Editorial Ariel.
- flores, val (2021): *Romper el corazón del mundo. Modos fugitivos de hacer teoría*. La libre editora y Con tinta me tienes.
- Halberstam, Jackes (2005): *In a queer time and place: Transgender bodies, subcultural lives*. New York: NYU press.
- Haraway, Donna (2020): *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Editorial Consonni, Buenos Aires.
- Hine, Christine (2004): *Virtual Ethnography*. Barcelona: UOC
- Kropff, Laura (2010): Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Avá*, No. 16, p. 1-18.
- Landeira, Paz; Zuker, Laura y Llobet, Valeria (2023). Infancia y cuidado. Reflexiones críticas desde perspectivas relacionales, *Desidades*, No. 35(11), p. 79-94.
- Leavy, Pía; Morano, Luisina; Shabel, Paülah; García Palacios, Mariana y Romano Shananah, Lucía (2023): ¿De qué hablan los feminismos con les niñas? Diálogos e interferencias entre dos campos de teorías y activismos, en: Szulc; A. Guemureman, S.; García Palacios, M. y A. Colangelo (comps.): *Niñez Plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. P. 87-95. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Liebel, Manfred (2020): *Infancias dignas o cómo descolonizarse*. Buenos Aires: El colectivo
- Macón, Cecilia (2013): Sentimos ergo sumus: el surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, No. 8, p. 1-32.
- Magistris, Gabriela y Morales, Santiago (2021): *Educar hasta la ternura siempre. Del adultocentrismo al protagonismo de las niñas*. Editoriales Chirimbote y Ternura Revelde.

Nijelnsohn, Malena (2019): *La razón feminista: Políticas de la calle, pluralismo y articulación*. Buenos Aires: Las cuarenta.

Qvortrup, Jens (1993): Nine Theses about "Childhood as a Social Phenomenon", en *Childhood as a Social Phenomenon: Lessons from an International Project*, *Eurosociál Report 47/1993*, p. 45-65 Vienna: European Center for Social Welfare Training and Research.

Rabello de Castro, Lucia (2020): Why global? Children and childhood from a decolonial perspective. *Childhood*, No. 27(1), p. 48-62.